

## **Paren al Distrito Federal que quiero bajarme**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Lo mejor que nos podría pasar a los capitalinos — y eso es improbable que ocurra — es que los principales problemas del área metropolitana no empeoren. Creer que podemos lograr más que esto sería un exceso de optimismo frente a fenómenos cuyas tendencias, al menos en el mediano plazo, no resulta sencillo revertir como son el crecimiento poblacional y territorial del área metropolitana y que aunados a gobiernos ineficaces y cortoplacistas, hacen dable pensar que nuestros principales dolores de cabeza lejos de mejorar se harán más difíciles de resolver como son: el suministro de agua, la insuficiencia del drenaje, la densidad del tráfico, la contaminación y la inseguridad.

Si estas predicciones parecen pesimistas basta con mirar atrás para darnos cuenta que en los últimos treinta años — por lo menos — cada uno de esos problemas ha crecido y por ende, han deteriorado gradual e inexorablemente la calidad de vida los habitantes de la capital. Poco a poco, los capitalinos hemos ido adaptando, como quien prefiere caminar chueco antes que sacarse la piedra del zapato, nuestra forma de vivir para hacer frente a hechos que están fuera de nuestro control.

Si algo está directamente vinculado a la calidad de vida es la libertad de movimiento; poder ir a dónde queramos, cuando lo deseemos y en un lapso proporcional a la distancia recorrida. Pero en el caso del área metropolitana de la Ciudad de México, esta libertad se restringe cada día más por la combinación de dos problemas: el tráfico y la inseguridad.

La creciente densidad del tráfico ha ido carcomiendo lentamente las horas de nuestra vida que en principio tendríamos disponibles para hacer todo lo que no fuera estar enjaulados en un vehículo. Para ilustrar la magnitud del absurdo al que hemos llegado, sólo piense que si en los días hábiles usted usa el automóvil durante tres horas, al término de un año habrá pasado un mes completo sentado detrás del volante. Por eso no extraña, que muchas personas hayan limitado el ámbito geográfico donde desarrollan sus actividades cotidianas a puntos cercanos a su domicilio y lugar de trabajo. A esto hay que sumar que la posibilidad de trasladarse a otros puntos está condicionada a su percepción de la inseguridad, como pasa en muchas ciudades del país, lo que resulta determinante para decidir a dónde ir, cómo hacerlo y a cuál hora.

El agravamiento de los principales problemas de la ciudad de México ha ocurrido paralelo a transformaciones importantes en su estructura de gobierno como son la elección directa del jefe de gobierno y de los delegados y a la creación de: un poder legislativo local, del ente encargado de conducir los procesos electorales y del tribunal responsable de dirimir las diferencias en materia electoral, lo que sumado se ha convertido en una carga importante para aquellos capitalinos que pagan impuestos y derechos porque sus recursos sirven para mantener a las burocracias partidistas y a las del instituto y tribunal electoral del Distrito Federal, así como para financiar precampañas, campañas y elecciones.

Lo paradójico es que todo lo anterior se justificó como un avance democrático que permitiría orientar la acción del gobierno a resolver las necesidades del ciudadano cuya voz se haría oír por conducto de los diputados en la Asamblea Legislativa.

Pero este oneroso esfuerzo ha quedado en un anhelo. La democracia en el Distrito Federal no ha pasado de la formalidad y a juzgar por los hechos no ha tenido un impacto sensible en la calidad de vida del ciudadano. Ésta sería la democracia de verdad.

La democratización del Distrito Federal sirvió de coartada para crear un útil andamiaje para trepar; el jefe de gobierno desde que entra aspira a la candidatura por la presidencia. Así, estructura una agenda que no pasa de cinco años y que difícilmente se inserta en la visión de futuro que requiere la ciudad, convirtiendo a ésta en una colección de ocurrencias inconexas; los delegados y muchos diputados permanecen en el cargo por dos años, porque en el tercero saltan a buscar otra teta de la ubre presupuestal. No extraña por ello, que las delegaciones sean de facto una versión de la delincuencia organizada que controla desde las fotocopias hasta el trámite más nimio y como prueba de la podredumbre que existe en ellas, basta ver como la depredación urbana ha transformado colonias en zonas caóticas con problemas viales.

Cuando cada día enfrentamos los obstáculos que esta ciudad nos impone, uno se pregunta cuál será el límite cuando amplios grupos de la población o las empresas asentadas en ella decidan que ya no vale la pena permanecer aquí. Esto le ha ocurrido a otras grandes urbes, que debieron reinventarse para no quebrar. Mientras la paciencia no sea infinita, nadie puede asegurar que esto no nos pasará.

Twiteer @AcleTomasini